

ELECCIONES EN TURQUÍA / *El factor femenino*

Turquía zanja mañana en las urnas una crisis abierta por la oposición de militares y nacionalistas al nombramiento del islamista Abdula Gül como presidente. De cumplirse el pronóstico de las encuestas, su partido, Justicia y Desarrollo, logrará de nue-

vo una holgada mayoría en la que las mujeres jugarán un papel clave. Desde sus tiempos de alcalde en Estambul, el hoy primer ministro, Recep Tayyip Erdogan, ha movilizado a un electorado femenino consciente de sus nuevos derechos –consagrados en

los Códigos Penal y Civil– y embarcado en una enorme transformación social de múltiples vías. Una de ellas, la secular. Otra, la ‘modernidad conservadora’ que combina progreso económico y férrea defensa de familia, tradición y valores religiosos.



Seguidoras del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) agitan banderas aclamando al primer ministro, Recep Tayyip Erdogan, durante un mitin en Ankara. / EFE

Las mujeres emprenden la revolución turca

Las jóvenes se colocan al frente del cambio social en el país tras lograr un marco legal que derriba los cimientos patriarcales y consagra la igualdad de derechos entre los sexos

FÁTIMA RUIZ

Imagine un país en el que una mujer no deja nunca de ser niña. Un país en el que las jóvenes cruzan el umbral de su casa de la mano del padre para tomar la del marido. En el que el esposo manda y concede el *visado* para viajar y el permiso de trabajo. Una sociedad que ensalza la virginidad y proscriba la píldora.

Ese país es el suyo. Y de eso hace muy pocas décadas. Una generación después, aquella España *prehistórica* es una sociedad moderna con jueces y médicos repartidos entre ambos sexos y un Gobierno paritario. Y se ha convertido en espejo

en el que se miran otras naciones. Turquía, por ejemplo.

«Una cultura mediterránea con fuerte impacto de la religión, en este caso católica, fue capaz de transformarse radicalmente en dos décadas», explica a EL MUNDO Nigar Göksel, analista del Instituto de Estabilidad Europea (ESI) en Estambul. «Los valores cambian, no son estáticos. Y hay indicadores de que Turquía está en ese camino».

Al frente de esa revolución se han colocado las mujeres. Y por primera vez lo hacen con instrumentos legales, gracias a la reforma constitucional que ha barrido en los últimos

años los pilares patriarcales para consagrar una igualdad teórica que se abre paso a trancas y barrancas. Mediante una extensa red de asociaciones, las turcas se han embarcado en un viaje a la modernidad de múltiples direcciones.

Una país lleno de paradojas –musulmán pero férreamente secular, democrático a la sombra del Ejército, europeísta por vía islámica y en el que abundan los fundamentalistas laicos– ha comenzado a asentarse sobre un modelo contradictorio a primera vista: el de modernidad conservadora. Un patrón que compagina progreso económico y social

con una defensa numantina de las tradiciones religiosas y la familia.

Y el epicentro de ese movimiento sísmico, que está haciendo tambalearse los cimientos del país, está en la provincia de Kayseri, en la Anatolia central, donde desde los 80 ha florecido una nueva y opulenta élite hambrienta de poder, pero anclada en las costumbres. Un estudio del ESI habla incluso de *calvinismo islámico*, por la combinación de ética religiosa y éxito económico.

«En esa zona las empresas son pujantes y los valores religiosos están fuertemente protegidos», señala Göksel, autora del informe *Sexo y*

poder en Turquía. La fórmula de Kayseri adapta un estilo de vida conservador al nuevo *boom* económico. Ahí podría residir la clave que inspire a otros países musulmanes en busca de una ruta hacia la democracia alternativa a la occidental. Aunque en Turquía, la mayoría prefiere ser englobada en una categoría europea antes que entre la de países de Oriente Próximo.

«Un argumento muy común es que el islam es una religión, por lo que no hay razón por la que Turquía sea un modelo para otros países musulmanes más allá del ejemplo que puede dar un país cristiano a otro», señala Göksel. «Aunque indudablemente el hecho de alcanzar estándares de vida europeos tendría un valor simbólico para otros países, sea en Oriente o en Occidente».

Una barrera contra Gül

El éxito turco serviría sobre todo, reconoce la investigadora, para «tranquilizar» a una Europa que cuestiona la compatibilidad de islam y libertades democráticas.

Sin embargo, y aunque los turcos se declaran cada vez más religiosos –desde 1999 los creyentes han aumentado del 31% al 60%, según un estudio de los académicos Binnaz Toprak y Ali Carkoglu– ha caído el número de los que quieren cambiar el régimen secular por uno islámico.

Esa cuestión –y su símbolo, el velo o *hiyab*– está detrás de la convocatoria de unas elecciones que zanjaron la crisis desatada en abril después de que nacionalistas y militares se alzaran como barrera frente a las aspiraciones presidenciales del ministro de Exteriores, el islamista Abdula Gül.

Un miembro de su propio partido lo expresa gráficamente: «La única razón por la que Gül no es presidente es porque su mujer lleva velo», dice Suat Kiniklioglu, candidato del gubernamental Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP).

La idea de una primera dama cubierta levantaba ampollas entre un segmento de la población que equipara kemalismo y derechos femeninos. De ahí su alianza con los militares que hicieron tintinear sus sables contra el nombramiento de Gül. El diario *Radikal* llegó a hablar de «golpe femenino».

Herederas de los principios de Atatürk –que levantó la Turquía contemporánea sobre las cenizas

La voz olvidada de los prostíbulos

YOVANNA BLANCO

Se llaman Ayse Tukrukcu y Saliha Ermez. Sus nombres suenan desconocidos, pero estas dos ex prostitutas del burdel Karakoy han dejado de serlo. Al menos, en Turquía.

Su candidatura independiente a los comicios legislativos por Estambul simboliza la esperanza de un colectivo excluido y les ha dado voz para denunciar las condiciones en las que viven y ejercen la

prostitución las meretrices. Su debut en la vida política tuvo lugar hace apenas un mes, cuando las dos mujeres –de unos 40 años– anunciaron su candidatura a la entrada del Karakoy bajo el siguiente lema: ‘Como prostitutas y candidatas invitamos a los líderes de los partidos políticos a conocer los prostíbulos con mujeres sin vida’.

Aquel día, Tukrukcu y Ermez lanzaron el guante a los líderes de cuatro par-

tidos políticos para que visitaran el burdel y a sus trabajadoras. Nadie les hizo caso y ahora aspiran a conseguir un escaño que les permita cerrar el prostíbulo. «No las mujeres, sino aquellos que las obligan a trabajar aquí deberían sentirse avergonzados, la mayoría de ellas desearían no trabajar así», afirma Tukrukcu.

La prostitución se practica en el país con licencias entregadas por el Estado y



Ayse Tukrukcu y Saliha Ermez, durante la campaña electoral. / EFE

en lugares establecidos por las autoridades. Quienes la ejercen sufren –según las candidatas– retenciones de la Seguridad Social, jornadas de 18 horas e incluso el asesinato indiscriminado. Para Ermez, «lo peor es que quedas etiquetada de por vida».

Ambas son conscientes de que sus posibilidades de reunir los 60.000 votos necesarios para lograr un asiento en el Parlamento son escasas. Pero su objetivo, «que la gente sepa la verdad sobre las prostitutas», ya se ha cumplido.

ELECCIONES EN TURQUÍA / Las entrevistas

del imperio Otomano e impuso una modernización vertical erradicando el velo del espacio público— las kemalistas han hecho del islam político su enemigo público número uno.

Un rival que encarnan muchas veces en sus homólogas religiosas, con las que a pesar de todo existen terrenos comunes. «Difieren en muchos temas, pero la mayoría están de acuerdo en asuntos clave como la importancia de combatir el analfabetismo o la violencia doméstica», señala Göksel.

En ese sentido el ideario de las activistas islámicas es parecido al de sus colegas seculares. «Lo que las separa es que se sienten discriminadas por el hecho de llevar velo y quieren que esta restricción se levante», mantiene la investigadora.

Una de esas activistas, Selime Sancar, de la organización Rainbow, trata de hallar el justo medio entre los dos extremos: «Somos una síntesis: las seculares deben saber que sus abuelas llevaban *hiyab*, y las islámicas deben recordar que parte de Turquía está en Europa y que ha sido occidentalizada desde que los sultanes trajeron a los europeos».

Contra la percepción general, Göksel cita un estudio que demuestra que la proporción de mujeres cubiertas ha disminuido desde 1999 del 36,5% al 27,3%, aunque la mitad de las turcas siguen llevándolo.

Las defensoras del velo batallan por que éste no les cierre las puertas de la Universidad y la política, ampliando la exclusión que ya sufren en un Parlamento en el que apenas cuentan con el 4,3% de escaños. «Si el pañuelo simboliza la religión, qué

El antiguo Código Penal, que databa de 1926, redimía al violador si se casaba con su víctima

pasa con algunos hombres que llevan un bigote o afeitado con significado religioso», se pregunta en *Today's Zaman* Hülya Gülbahar, presidenta de KA-DER, organización que trabaja para aumentar la presencia femenina en el legislativo turco. «Es una discriminación contra su derecho a ser elegidas».

Entre las paradojas turcas está el hecho de que fuera un partido islámico —el AKP del primer ministro, Recep Tayyip Erdogan— el encargado en 2004 de lidiar con una reforma del Código Penal que revolucionaba el estatus de la mujer.

El anterior, que databa de 1926, consagraba la propiedad masculina del cuerpo femenino. Por eso un violador podía reparar su ofensa casándose con su víctima. Por eso se perdonaban los crímenes de honor. Y por eso, a finales de los 80, un juez se negó a darle el divorcio a una mujer violada por su marido esgrimiendo un refrán: «A las mujeres no debe faltarles un niño en las rodillas y un azote en el trasero».

El actual establece la igualdad legal entre hombres y mujeres y consagra la sexualidad como derecho individual y no familiar. Pero aún queda un largo trecho para emancipar a las mujeres liberadas por Atatürk, que siguen sin alcanzar la madurez. «A los hombres se les controla sólo hasta que son adultos. Pero a una mujer no se la considera adulta hasta el final de su vida», señalan Aksu Bora e İlknur Üstün en un informe del *think-tank* Tesev.

ILDEFONSO GONZÁLEZ
Especial para EL MUNDO

ESTAMBUL.— Gönül Kavalcioglu, de 32 años, se pasa casi todo el día en su tienda de *pashminas* (pañuelos de seda) del Gran Bazar, en el centro histórico de Estambul. Apenas tiene tiempo para sentarse a tomar un café con EL MUNDO. De abril a diciembre es la época en que tiene más clientes, miles de turistas venidos de todo el mundo. Lo único que le une con Gülsan Atalay, nuestra otra entrevistada, es que las dos hablan inglés y son economistas. Por lo demás, Gönül lleva *hiyab*, disfruta hablando de política y defiende a Abdulá Gül, el ministro de Asuntos Exteriores turco, a capa y espada. Asimismo, no tiene ningún problema en presentarse como una musulmana fiel pero tolerante con todas las religiones. Así es además el Gran Bazar, una suerte de alianza de civilizaciones donde todos y ninguno son extranjeros.

Pregunta.— ¿Le parece bien que Turquía tenga, por primera vez, una primera dama que lleve el pañuelo islámico?

Respuesta.— Por supuesto. La razón por la que Abdulá Gül no fue elegido presidente fue ésa, que su esposa se pone el *hiyab* y lo defiende. Gül era el candidato perfecto. Ha estudiado en Gran Bretaña y EEUU; es un político experimentado, ya que ha sido primer ministro y ministro de Exteriores, entre otros cargos; habla idiomas y tiene el temple necesario para ser jefe del Estado. En definitiva, la población turca quiere a Gül porque es muy profesional. Y él es quien sería el presidente de nuestro país, no su mujer.

I. G.

«¿Roberto Carlos jugaba en el Real Madrid, no?», pregunta Gülsan Atalay, economista turca de 25 años, mientras apura una jarra de cerveza en una terraza del centro de Estambul. Es medianoche y acaba de terminar de trabajar. Ahora está ayudando a los asistentes del futbolista brasileño, que acaba de fichar por el Fenerbahçe, a amueblar la casa que se acaba de comprar a las afueras de Estambul. Gülsan no luce el *hiyab* o pañuelo islámico ni se declara creyente, sino que lleva suelta su melena azabache y asegura sin pudor que ella tiene su «propia religión».

Pregunta.— Millones de turcos salieron a las calles en abril y mayo para rechazar la candidatura del ministro Abdulá Gül a presidente, entre otras cosas porque su esposa Hayrünnisa se pone el *hiyab*.

Respuesta.— Me alegré mucho de que hubiera estas manifestaciones. La gente tenía miedo a protestar y se había quedado callada desde el golpe militar de 1980. Sin embargo, veo las protestas como algo inútil, no van a arreglar nada. Por una parte, no me parece bien que Hayrünnisa sea la primera dama pero, por otro lado, me da vergüenza pensar así, porque llevar el *hiyab* es un derecho de la señora Gül. Forzando a la gente a quitarse el velo no se llega a ninguna parte. No hay que pelearse, sino conversar y tratar de entender al otro.

P.— Pero usted misma reconoce que no quiere que Hayrünnisa se convierta en primera dama.

R.— Me da vergüenza que exista el velo. Preferiría que Turquía fue-

GÖNÜL KAVALCIOGLU

Economista musulmana, 32 años

«El 'hiyab' debe ser una opción personal»



I. GONZÁLEZ

P.— ¿Por qué cree usted que el *hiyab* es un tema tan polémico en este país?

R.— Ni yo misma lo entiendo. Si el islam es la religión mayoritaria en este país, si el 98% de los turcos somos musulmanes, si la gente en general cree en Dios... Entonces, el pañuelo no debería ser un problema. No hay que imponer ni prohibir el *hiyab*. Llevarlo debe

ser una opción personal, como es mi caso. No permitir que una mujer pueda entrar con el pañuelo en un Ministerio o en la universidad, por poner sólo dos ejemplos, no tiene ningún sentido.

P.— ¿A quién le va a dar su papeleta en las elecciones de mañana? ¿Al partido de Erdoban (AKP)?

R.— Hace unos años, estaba muy a favor del Partido de la Justicia y

el Desarrollo (AKP), cuando se presentó a las elecciones generales de 2002. Ahora no sé a qué partido voy a votar. Lo importante en Turquía no es ni la derecha ni la izquierda, sino que haya paz y estabilidad. Y eso se consigue si hay un único partido fuerte en el Parlamento. Antes había muchas formaciones en la Cámara de Diputados y aquello era un caos. El país no avanzaba, porque no se ponían de acuerdo y había muchos intereses distintos de por medio. Con el AKP esto se ha acabado y así debe seguir siendo.

P.— ¿Hasta qué punto tiene sentido el temor de los laicistas a que Turquía se convierta en otro Irán?

R.— Es completamente imposible que Turquía se transforme en un país de ayatolás como Irán. El principal argumento que puedo dar es que no compartimos exactamente la misma rama del islam: ellos son chiíes y nosotros suníes, ellos son árabes y nosotros musulmanes. La gente en Turquía no quiere una Turquía *iranizada*. Es más, el AKP tampoco lo desea. Sólo busca que haya más libertad en este país para practicar nuestra religión.

P.— *El paraíso está bajo los pies de las madres*, dice un refrán turco, en alusión a la importancia y respeto que merecen las mujeres. ¿Está de acuerdo?

R.— Completamente de acuerdo. Las mujeres son madres, esposas, trabajadoras, etcétera. Piensan y ven las cosas de maneras muy distintas, ofrecen múltiples soluciones a cada problema y eso es muy importante. Por eso, sería positivo que hubiera más mujeres dirigiendo el país o formando parte del Parlamento.

me ofendían, quizás porque me tenían miedo.

P.— ¿A qué partido votará en las elecciones de mañana?

R.— No voy a votar al AKP. Le daré mi voto al CHP [Partido Republicano del Pueblo, nacionalista y laico], pero tampoco me convence. De hecho, los dos hablan de democracia y no tienen ni idea de lo que hablan. Lo que quiero es que haya un contrapeso en el Parlamento, que el AKP [Partido de la Justicia y el Desarrollo, islamista moderado] no gobierne solo y haga lo que le dé la gana. Sin embargo, debo reconocer que este partido ha hecho cosas buenas en el plano económico y en cuanto a las relaciones con Europa.

P.— ¿Puede Turquía llegar a convertirse en un Estado islámico?

R.— Es imposible que pase eso. Y la razón es por los militares, que están en contra del islam y del Gobierno. Si no hubiera Ejército, sí que existiría un riesgo, porque la gente no lee y no le gusta preguntarse ciertas cosas.

P.— ¿Qué opina de que haya tan pocas mujeres en el Parlamento turco o en los puestos de poder?

R.— Me parece mal, porque las mujeres tienen más capacidad para la dirección. Está en su naturaleza. Las mujeres son distintas a los hombres en todo, tienen otro pensamiento, otro punto de vista. Ahora bien, me parecería miserable establecer una cuota para que haya más diputadas. Además, no hay tantas candidatas interesadas en entrar en el Parlamento. De todas formas, las cosas van a cambiar, pero necesitan su tiempo.

GÜLSAN ATALAY

Economista laica, 25 años

«Me da vergüenza que exista el velo»



ILDEFONSO GONZÁLEZ

ra como un país europeo, que cada uno se ponga lo que le venga en gana. Yo sólo quiero libertad y si alguien quiere llevar un *burqa*, pues que se lo ponga, y si quiere ir así a la universidad, pues que vaya.

P.— ¿Cree que entrar en la Unión Europea sería positivo para que hubiera más libertad en Turquía?

R.— Los turcos no somos euro-

peos, tenemos una cultura y una religión distintas, opiniones y enfoques diferentes. Que Turquía entre o no en la UE no es importante. Yo sólo quiero más democracia y más libertades. Lo que pasa es que a los europeos no les interesa que Turquía entre en la Unión. He trabajado con españoles y me llamaban mora. Siempre